

Pérez-Olivares García, Alejandro: *Madrid cautivo. Ocupación y control de una ciudad (1936-1948)*. Valencia, PUV, 2020. 224 pp.

Probablemente una de las características más singulares de la nueva generación de investigadores del franquismo, en particular, y de los jóvenes contemporaneístas, en general, sea el creciente peso e interés que ha cobrado la historia militar. Sea por la paulatina apertura de archivos militares, sea por seguir líneas sugeridas por sus tutores, sea por el impacto de lo social en las nuevas formas de abordar al ejército y la guerra... lo cierto es que entre los nuevos investigadores del franquismo encontramos una importante cantidad de firmas que se han especializado en esta corriente: Francisco Leira, David Alegre, Daniel Oviedo, Luis Velasco, Miguel Alonso, Carlos Piriz... Por no hablar de hispanistas (James Matthews, Ian Winchester...) o expertos en otros periodos como Alfonso Iglesias. El libro que nos ocupa, *Madrid cautivo. Ocupación y control de una ciudad (1936-1948)*, está escrito, precisamente, por uno de los mejores representantes de esta tendencia: Alejandro Pérez-Olivares.

Formado en la Universidad Complutense de Madrid, el doctor Pérez-Olivares ha tenido ocasión de estudiar y trabajar en el extranjero (Nottingham, Ámsterdam, Lyon...) ofreciendo tempranos resultados de su labor. Así, además de *Madrid cautivo*, Pérez-Olivares ya ha dejado muestras de su capacidad de análisis y buena pluma en una estimulante microhistoria sobre la represión franquista [*Victoria y control en el Madrid ocupado: los del Europa (1939-1946)*] o en diferentes artículos publicados en revistas como *Historia Social*, *Hispania Nova* o *Urban History*. En todos ellos ha podido dejar muestras de las tres principales características que, a nuestro juicio, definen *Madrid cautivo*: 1) una gran preocupación por hacer accesible y atractivo el relato historiográfico, 2) una fuerte impronta de nuevas corrientes historiográficas – *giro espacial*, nueva historia militar y control social– y 3) profunda fe en un análisis micro que no renuncia a dar explicaciones generales.

Madrid cautivo toma cuerpo en tres grandes bloques, tres ciudades: la *ciudad del desafío*, la *ciudad del delito* y la *ciudad del orden*. La *ciudad del desafío* explica los retos sorteados por los sublevados para conquistar la capital desde la conspiración contra la República hasta la toma efectiva de una ciudad profundamente escindida y derrotada tras el golpe de Casado. Llamamos especialmente la atención en este bloque tanto el cambio acaecido en las formas de represión y control social del bando rebelde durante los tres años de conflicto como la planificación y puesta en marcha de los primeros registros, aquellos que estaban ideados para llevarse a cabo en cuatro días y no pudieron completarse hasta que se cumplieron cinco meses. Unos registros que hicieron especial hincapié en el ámbito cultural, político y militar. Por su parte, la *ciudad del delito*, a nuestro juicio el bloque más interesante de la obra, se adentra en el barrio de Chamberí para analizar en detalle la colaboración vecinal en la represión piso a piso, manzana a manzana. Esta colaboración permitió a las autoridades trascender la esfera pública e introducirse en la intimidad de los hogares de los madrileños. En esa labor jugarían un papel fundamental tanto los inquilinos «de orden»

como los porteros de los edificios –seleccionados por las autoridades para declarar sobre sus vecinos–. Entre los porteros abundaron las denuncias de aquellos que llevaban en la vivienda hasta 15 años –el tiempo suficiente para conocer los entresijos y conflictos en el edificio–. En las denuncias de los inquilinos pesó la edad, el sexo y, sobre todo, la clase social. Así la quiebra de la vecindad se situó en los varones entrados en años –de 41 a 60 años– mientras que entre las mujeres la media de edad de las denunciadas fue menor –de 31 a 40 años–. Mayor fue el impacto tanto social como espacial de la propiedad.

Se puede afirmar que fueron las clases medias y los propietarios quienes protagonizaron la denuncia en 1939. [...] La suma de las clases medias en el señalamiento es aún mayor, puesto que la suma de profesionales y técnicos, trabajadores de gestión, de oficina y de ventas otorga un 57% del total, más de la mitad de las denuncias. Junto con los propietarios, ambos perfiles arrojan un definitivo 80% de las denuncias de Chamberí. (p. 98)

Una realidad de clase que también tuvo expresión en el espacio urbano. La delación se extendió en las calles con un alquiler más alto encontrándose mayores niveles de denuncia en el cuadrado formado por las calles de Ríos Rosas, Bravo Murillo y su continuación en San Bernardo, el eje Carranza-Sagasta y la calle San Miguel.

Un análisis geográfico que, como ya hemos dicho, recorre toda la obra y que también encuentra desarrollo en la segunda parte de la *ciudad del delito*, aquella que se dedica al análisis del estraperlo. En este capítulo podemos encontrar algunas de las rutas que seguía el mercado negro por la capital así como la descripción de los zulos y recovecos que habilitaron los estraperlistas para acaparar productos y alimentos. No obstante, consideramos que el retrato que nos ofrece *Madrid cautivo* del estraperlo se encuentra muy condicionado por las fuentes utilizadas –sumarios militares e informes de FET-JONS– no ajustándose éste del todo a la realidad. Acercarse al fenómeno desde las fuentes orales o policiales –más cercanas al menudeo cotidiano de productos que los juicios militares– hubiera podido presentar una descripción más aproximada del mercado negro y, sobre todo, de las resistencias cotidianas a la autarquía.

Finalmente, la *ciudad del orden* explora la manera en que se construyeron los adeptos a la dictadura y cómo éstos fueron recompensados por la misma. Pérez-Olivares describe la construcción de los apoyos sociales en un proceso permeable pero al mismo tiempo riguroso. Permeable porque en muchas ocasiones fue la propia sociedad la que tomó la iniciativa para adaptar la ley a sus intereses y riguroso dado que el régimen investigó, y pidió antecedentes, a cualquier persona e iniciativa que partiera de la sociedad. Así el régimen moldeó una sociedad «orientada hacia el orden público, y quien no pudiera presumir de su pasado [...] simplemente tenía algo que ocultar» (p. 179). El último capítulo de este bloque explora el desarrollo de las conmemoraciones y festividades públicas así como la compleja relación entre Falange, el Ejército y otros sectores de derecha fascistizada en las mismas. Así, la movilización popular a favor del régimen fue siempre muy limitada, ya que el Ejército controló el orden en las calles y el papel reservado al partido único fue siempre secundario.

Una vez expuestas las principales aportaciones y resumido el esqueleto principal de *Madrid cautivo* cabe señalar algunas cuestiones que bien merecen reflexión o

debate o bien merecerían una revisión. Así, en primer lugar, cabría reflexionar sobre la manera en que se plasma el análisis geográfico en la obra. Uno saluda con agrado la introducción de aportaciones novedosas desde un punto de vista teórico, pero cabe preguntarse hasta qué punto resultan éstas pertinentes si en un trabajo microhistórico, como el que nos ocupa, ocultan a la gente tras los planes, los planos y las plazas. En ocasiones los instrumentos teóricos, que deben ser una herramienta, pueden a veces convertirse en un fin y distraer el foco de lo que debería ser lo principal: la gente.

Otro elemento sobre el que debatir es la pertinencia de conceptos y preconcepciones arraigados en la historiografía militar. Así, Pérez-Olivares parece querer trasladarnos la idea de que la dictadura fue un régimen militar, un régimen de control social. Cabe uno preguntarse si esta caracterización es incompatible con una clasificación política y si valorar una dictadura como militar es óbice para señalar su naturaleza parafascista. Alguna reflexión en ese sentido sería pertinente no con ánimo de recuperar el manido debate sobre la naturaleza de la dictadura si no, más bien, con el de revisar algún argumento típico y tópico. Una reflexión similar podría realizarse con respecto a los argumentos sobre el control social. ¿Era éste menor en la Alemania nazi o en la Rusia estalinista por su carácter político? ¿El hecho de que éste exista en los tres regímenes los convierte en equivalentes?

Finalmente quisiera volver a elogiar las páginas dedicadas a la represión. En ese sentido creemos que *Madrid cautivo*, junto a *Los del Europa*, resultan un magnífico complemento a los análisis exhaustivos de Julius Ruiz, Mirta Núñez o Fernando Hernández Holgado. Sin embargo, parece dibujarse en ambas obras la estrategia de afrontar casos *grises*, es decir ejemplos en los que, debido a la naturaleza inquisitorial de la *in-justicia* franquista, resulta difícil dilucidar la verosimilitud de las acusaciones. Esta estrategia es muy pertinente, e ilustradora de la inversión en dolor del régimen, ya que nos muestra cómo la dictadura encarceló durante largos periodos de tiempo a mucha gente justificándolo en su maquinaria inculpatoria. Unas personas que ya no volverían a ser las mismas. Sin embargo, el carácter controvertido y dudoso de las acusaciones no convierte las declaraciones exculpatorias o los pliegos de descargo en la realidad de lo acaecido. Éstas deben ser sometidas a un análisis crítico tan exhaustivo y riguroso como las acusaciones. En ese sentido los trabajos de Conxita Mir son ilustrativos, pero también resultan muy útiles las reflexiones de Irene Murillo o, incluso, de alguien muy cercano al autor: Daniel Oviedo.

Madrid cautivo es una lectura imprescindible para todos los interesados en la historia del primer franquismo. Un libro en el que no sólo se perfila la compleja vida en la capital de postguerra, sino que se introduce en los principales debates historiográficos sobre el final del conflicto, la represión, el control social, el estraperlo o la construcción de adhesiones.

Óscar Rodríguez Barreira
Universidad de Almería
orodri@ual.es